

UNA VISIÓN DE QUEVEDO COMO INTELLECTUAL Y COMO BIBLIÓFILO, A TRAVÉS DE SU OBRA POÉTICA ^(*)

Por Guillermo Piera Jiménez

*Por ende tal amigo
Non ha como el libro;
Para los sabios digo,
Que con torpes non lidio.*

Libro del Rabbi Don Sem Tob al
Rey Don Pedro de Castilla

Abstract

This essay, written in honour of Prof. Enrique Toral, deals with those aspects of Quevedo's poetical works related with the book itself, the book hunters, the book's enemies, the true and the false academics, the libraries, the print and the printed matters. Among the poetical compositions of Quevedo which did survive to the Inquisition's scrutiny and censorship, there is a number of them directly related with the above mentioned topics. The author identifies such poems and suggests the ways in which they prove the close link ever existing between Quevedo and the book's world, lying under other aspects –political, moral, critical, social, etc.– of his poetical production.

The work also suggests a linguistic interpretation of certain expressions –based on the book itself and/or its componentes– used by Quevedo in a different conversational context.

(*) Para realizar este trabajo he manejado (o bien ellos me han manejado a mí) dos volúmenes de mi biblioteca, cuyas respectivas descripciones bibliográficas son:

1) QUEVEDO Y VILLEGAS, Francisco de: «Parnasso español y Musas castellanas de D. ... corregidas y enmendadas de nuevo en esta impresión por el Doctor Amuso Cultifragio, Académico ocioso de Lobaina». Madrid, 1660. Por PABLO DEL VAL, 502 págs., 6 ff. de sumarios. Con seis primorosos grabados sobre dibujos de Alonso Cano. In-4.º.

2) QUEVEDO Y VILLEGAS, Francisco de: *Las tres Musas últimas castellanas. Segunda cumbre del Parnaso español de D. ... Sacadas de la librería de Don Pedro Aldrete Quevedo y Villegas, Colegial del mayor del Arçobispado de la Universidad de Salamanca, Señor de la Torre de Juan Abad.* En Madrid: en la Imprenta Real. Año de 1670. A costa de Mateo de la

PROEMIO GALEATO

ES Enrique Toral y Peñaranda un hombre bueno. Es, además, un erudito a la antigua (es decir lleno de erudición, de erudición de la de verdad); un sólido jurista; un excelente conversador, con paciencia infinita para escuchar al prójimo y cuasipatológica timidez a la hora de exponer sus puntos de vista, siempre sólidos, siempre inteligentes, nunca atrabiliarios, llenos de afectuosa indulgencia hacia el interlocutor; un bibliófilo exquisito que ama el contenido del libro tanto como al continente; un infatigable coleccionista, buscador –y encontrador– de rarezas bibliográficas; un maestro, tan desprovisto de acidez como repleto de sabiduría; un superviviente de la *pia aetas* renacentista, de mirar franco y claro, de decires suaves, de expresión socarrona, de aire tímido y apocado (como conviene a aquellos cuya alma no encuentra acomodo físico sino en la sección de «tallas descomunales» de los grandes almacenes celestes, departamento de espíritus terrenales), de manos refinadas y gesto contenido, de impresión simpática, de destello intelectual inequívoco; un gran trabajador, sistemático y riguroso; un amigo indefectible. Pero es, sobre todo, un hombre bueno. Un congénere a quien la bondad rebosa por los brocales de todos y cada uno de los siete pozos que cantó Alfonsina Storni. Y fué esta rara virtud de la bondad, que él ejerce en grado heroico, la que me decidió a sumarme a este homenaje literario haciendo tabla rasa de la pluscuamconciencia de mis limitaciones.

He tenido la suerte de conocer a Enrique Toral –de querer a Enrique Toral– por razón de una pasión compartida respecto a lo que el libro es y

Bastida, Mercader de libros. Enfrente de las gradas de San Felipe. 7 ff (incluso portada), 358 págs. 4 láminas grabadas al cobre por Marcos Ozores. In-4.º

De este último Salvá no llegó a poseer ejemplar y lo cita, de modo confuso, por referencias. Se trata, sin duda, de la rarísima primera edición, como lo corrobora (Palau: 244.335) quien, pese a todo, no lo describe correctamente, quizá por no haber llegado a tenerlo entre sus manos.

En cuanto al primero (Palau: 244.333), corresponde a la quinta edición cronológica (la príncipe data de 1648). Me conforta, sin embargo, saber que el Marqués de Jerez de los Caballeros poseyó un ejemplar similar al mío y que, en opinión del insigne Antonio Palau y Dulcet, forma parte de las ediciones que ...«no están expurgadas por la Inquisición y, por lo tanto, son las más apreciadas». Así y todo, mi ejemplar experimenta la dudosa gloria de haber sido censurado «según el nuevo expurgatorio del Santo Tribunal del año 1707» por un bibliófilo dieciochesco, de nombre Francco. Ant. Escandón, que se tomó la molestia de sobrelinear con tinta los versos que ofendían (?) a su purismo, aunque sin llegar a destruir su legibilidad. ¡Malhaya!

significa. Si yo bibliófilo, él bibliómano; si yo bibliógrafo, él bibliólatra. Y porque nuestra amistad se gestó en torno al libro, por el libro, con el libro y desde el libro, he querido escribir del libro por ofrecerle un modestísimo presente intelectual, ya que otra cosa, más digna de él, no puedo darle.

Don Enrique, Maestro y amigo: va por usted.

Sentar, a estas alturas, que don Francisco de Quevedo conoció, amó y gozó del libro se me antoja una perogrullada. Las normas de buena crianza de la época exigían el dominio del latín y del griego y, por ende, el perfecto conocimiento de los clásicos. Don Francisco recibió, a no dudarlo, una no ya buena sino espléndida crianza, habiendo sido su padre Secretario de la Emperatriz doña María, hija de Carlos I, y posteriormente de la Reina doña Ana de Austria, mujer de Felipe II, y su madre, dama de la misma Reina y de la Infanta Isabel Clara Eugenia. Bastarían, para probar esa sólida formación, sus continuas referencias a Virgilio, Persio (poeta que, sin duda, le gustaba especialmente), Juvenal, Séneca, Epicteto, Marcial, Samio, Cátulo, Teócrito, Horacio, Plinio, Homero, Platón, Anacreonte, Propercio, Heráclito, Demócrito, Petronio... Su profunda fe religiosa estaba forjada en un profundo conocimiento del Antiguo y del Nuevo Testamento, como lo demuestran sus numerosas citas de los textos sagrados que, incluso, sirven de tema central a bastantes de sus composiciones poéticas. Pero Quevedo estaba también familiarizado con la patrística: pensamientos y reflexiones de San Gregorio Nacianceno, San Pedro Crisólogo, San Cipriano, San Ambrosio, San Agustín y, por supuesto, de San Pablo están presentes, de manera explícita, en muchos de sus poemas. Y dominaba de manera pasmosa la Mitología clásica, tanto en lo que se refiere a sus personajes como en lo tocante a sus topónimos: Júpiter, las Sibilas, Marte, Euro, Fortuna, Astrea, Orfeo, Tántalo, Faetón, Aquilón, Venus, Diana, Baco, Hero, Leandro, Hércules, los Centauros, las Quimeras, Midas, Lethe y tantísimos otros son protagonistas, escenarios o referencias en sus versos. Conocía la alquimia y navegaba con soltura por los textos clásicos de medicina y de arte farmacéutica, Galeno y Avicena especialmente. Atento a los poetas de todo tiempo, tanto españoles –Francisco de Figueroa, Fernando de Herrera, Barahona de Soto, Francisco de la Torre– como extranjeros –Jacopo de Sannazaro, Ariosto– y, por supuesto a sus contemporáneos, de alguno de los cuales fué devoto –Lope de Vega, Pérez de Montalván, Alonso de Ledesma– y furibundo enemigo de algunos otros –Luis de Góngora, Ruiz de Alarcón, Paravicino...

¿Es posible tener una erudición de tal calibre sin haber estado, desde la más temprana edad, rodeado de libros? Y ¿es pensable que quien vive más que acompañado, envuelto, por ellos, no los ame desafortadamente? Yo pienso que no, y por ello me atrevo a asegurar que Quevedo fué un verdadero bibliófilo en el sentido etimológico de la palabra: un verdadero *amante de los libros*. En el prólogo a su obra «Las tres Musas últimas Castellanas», su sobrino y heredero don Pedro de Aldrete Quevedo y Villegas nos corrobora tal creencia:

«Su sabiduría fué conocida de todos, así antes como después de su muerte, y no sólo se valió de la luz, capacidad e ingenio que Dios le dió, sino de sumo trabajo: *tenía una mesa con ruedas para estudiar en la cama; para el camino, libros muy pequeños; para mientras comía, mesa con dos tornos*, de lo cual son buenos testigos los mismos instrumentos, que están hoy en mi casa en la villa de la Torre de Juan Abad».

Libros en la cama, libros pequeños (de los llamados «de faltriquera») para los viajes, libros a la hora de comer... Libros siempre, libros, libros...

Precisamente a uno de esos libros «de faltriquera» dedica Quevedo (MUSA THALIA, Romance LXXIX) un largo y divertido poema que muestra hasta qué punto se hallaba familiarizado con la construcción, entre fantástica, astrológica, adivinatoria y descriptiva de los usos rurales de su tiempo que tenían los denominados *Kalendarios*, cuya publicación tenía carácter anual, y de los cuales sobrevive uno, el denominado «Zaragozano», con no pequeño éxito comercial aún en nuestros días:

Kalendario nuevo de el Año, i Fiestas que se guardan en Madrid:

*Quién me compra, Caballeros,
Que es obra famosa, i nueva,
Un Kalendario de el Año,
Que tienen las faltriqueras.
Aquí verán por el Toma
Los días, que son de Fiesta,
Menguantes, i Conjunciones
De el dinero, y alcagüetas.*

Y como para confirmar el tío lo que el sobrino nos refería respecto a su afición a llevar libros como compañeros de viaje, escribió (MUSA THALÍA, Romance LXXXVI) la siguiente estrofa:

*Di en passa passa de bolsas,
I en Massicoral de Muebles,
Alibio de caminantes,
Sin ser libro que entretiene.*

Usa aquí con ingenio don Francisco la graciosa anfibología de la palabra «aliviar» en su acepción de «aligerar de peso» como casticismo por «robar», y en su acepción de «hacer más llevadera» la jornada de viaje, función que atribuye al «libro que entretiene». Juntas, la jerga del bibliófilo y la del baratero, que el eruditísimo Quevedo conoce a la perfección.

Prosigue el buen Don Pedro de Aldrete describiendo, con cariño de deudo, la condición de intelectual –y de bibliófilo– de su tío:

«Su cuidado fué no perder el tiempo, que es la joya más preciosa que tenemos los mortales; estudió solo para saber y aprovechar a los demás; acompañó a la sabiduría con la virtud evangélica de la humildad, procurando esconder en su pecho lo que sabía; nunca quiso imprimir sus obras, ni manifestarlas, si no es a ruego de hombres doctos y grandes, persuadido a que convenía a la utilidad pública; de esta manera se imprimieron en su vida algunas obras de prosa, no todas las de verso; jamás permitió se imprimiesen, siendo tantas y tan grandes que hará crecer al más gigante; los sabios esconden la sabiduría –*de parabolis Salomonis, cap. 10: Sapientes abscondunt scientiam*–. Siempre que de palabra o por escrito trató de sí, fué despreciándose; sabía muy bien que no puede ser verdaderamente sabio quien no fuere verdaderamente humilde».

La primera recopilación de sus obras de poesía es dada a la imprenta en Madrid, en 1648, es decir, tres años después de la muerte de su autor. Su impresor es don Diego Díaz de la Carrera, y el editor, Pedro Coello, mercader de libros, a cuya costa se realiza la edición. Pero en la portada del libro figura una curiosa mención, cual es la de «*Que con Adorno, i Censura, ilustradas y corregidas, salen ahora de la librería de Don Joseph Antonio González de Salas*». Este Salas, amigo de Quevedo, es el autor de la obra «Nueva idea de la tragedia antigua e ilustración última al libro singular de Poética de Aristóteles» (Madrid, 1633) en el que teoriza sobre la preceptiva poética que ha de seguirse en la Poesía española basándose en las reglas aristotélicas. Aunque con una perspectiva equivocada «*porque mal podían los principios retóricos de la clásica antigüedad aplicarse estrictamente a ninguna poesía moderna, y mucho menos a la española*» (1) era sin duda un profundo cono-

(1) TICKNOR, M. G.: *Historia de la Literatura Española* Madrid, 1851- 1856. Tomo IV, pág. 31.

cedor de la poesía española hasta su tiempo y un erudito tratadista. Es notable su afirmación, contenida en el Prólogo a el *Parnasso Español* de que «ni la vigésima parte de sus versos se ha salvado, cuando eran muchas las personas que los conocieron en vida del autor y cuando, merced a un trato íntimo y continuo, los he tenido mil veces en mis manos». Apunta Ticknor (2) como causa probable de esta pérdida el que, según aseguran, Quevedo encomendó, poco antes de morir, sus escritos al Santo Tribunal de la Inquisición para que un examen «maduro y detenido» enmendase en ellos lo que creyeran conveniente.

Es lo cierto que, hasta entonces, solo algunas –muy pocas– de sus poesías habían aparecido impresas. Que nosotros sepamos, algunas composiciones cortas (entre las cuales, la celeberrima que comienza: *Poderoso caballero –es Don Dinero*) en la colección que publicó Pedro de Espinosa (Valladolid, 1605. Por LUY SÁNCHEZ) con el título de *Flores de Poetas Ilustres*. Notemos de pasada que, a la sazón, don Francisco de Quevedo sólo tenía veinticinco años. Y en 1631, el propio Quevedo (?) dio a las prensas un tomito in- 16.º, con el título de *Obras del Bachiller Francisco de la Torre* (Madrid, en la Imprenta del reino. A costa de Domingo González, mercader de libros). La autoría de esta colección es objeto de profunda controversia desde que don Luis José Velázquez publicó en 1753 una segunda edición de la misma, atribuyéndosela a Quevedo, quien se habría ocultado tras ese ingenioso seudónimo para darla a la luz. De la misma opinión son Sedano, Baena, Luzán, Bouterweck y el propio Ticknor. Niegan tal atribución Quintana, Estalá, Wolf y don Marcelino Menéndez y Pelayo. Cualquiera que sea la solución a este neblinoso enigma, es evidente que, a no haber sido por la publicación de el *Parnasso Español*, el tesoro literario que constituye la obra poética de Quevedo hubiera quedado sepultado en el olvido para siempre.

Lo que sí parece claro, a nuestro juicio, es que cuando González de Salas lleva a cabo la primera recopilación de la producción poética de Quevedo, sigue un criterio de sistematización que, con toda probabilidad, había sido prescrito y elegido por éste. Y que el criterio en cuestión fuese el de acogerse a las Musas que habitan el Parnaso es una muestra más de la profunda erudición –y exquisitez de bibliófilo– de don Francisco.

Cuenta Píndaro, al referirse al origen de las Musas, que después de la victoria sobre los Titanes, los olímpicos pidieron al padre Zeus (hijo de Cronos y nieto de Urano) que creara unos seres que supieran perpetuar en cantos la

(2) TICKNOR, M. B.: *Ibidem*. Tomo II, pág. 404.

memoria de las grandes hazañas llevadas a cabo por los dioses. Accediendo a ese ruego, Zeus engendró de Mnemosine (la Memoria) a las nueve Musas, peritas en cantar sobre lo pasado, lo presente y lo futuro, y que con sus dulces cantos, habitualmente acompañados por las melodías que Apolo arranca a su cítara, alegran el corazón de los inmortales cuando éstos están reunidos en el sublime palacio de su padre Zeus, levantado en las más altas cumbres del Olimpo (3).

Hasta aquí su origen mitológico. Pero al producirse –quizá ya en la época alejandrina– la división de las artes y de las ciencias, se atribuyó a cada una de las Musas el patrocinio respectivo sobre cada una de sus ramas. Así, Clío es la Musa de la Historia; Melpómene, la de la Tragedia; Calíope, la de la Poesía épica y la ciencia en general; Erato, la de la Poesía amorosa; Talía, la de la Comedia, la gracia y el donaire rústicos; Polimnia, la de la Poesía hímica, de carácter religioso y ritual; Euterpe, la de la Poesía lírica; Tersícore, la de la Danza; y Urania, la de la Astronomía.

Tema distinto es el de que en las agrupaciones de poemas que llevaron a cabo González de Salas, primero, y Pedro de Aldrete, finalmente, pueda decirse que uno y otro acertaran con su trabajo. Muy especialmente éste último, quien paladinamente reconoce tal *totum revolutum* en su discurso *Al Lector* que figura al frente de la recopilación:

«...Bien veo que les faltan muchos assumptos, y los que lo tienen están defectuosos y no tienen el lugar que les toca: la causa de ésto ha sido no haber podido yo asistir a la corrección de la Imprenta: enmendaráse en la segunda impresión que se hiziere...»

Empero, plenamente acertadas o no, es a la devoción que uno y otro sintieron por Quevedo y al cariño que pusieron en recopilar su obra dispersa a los que debemos el poder disfrutar de esta auténtica joya de nuestra Literatura.

La más hermosa y apasionada composición poética dedicada a los libros, a juicio de quien ésto escribe, está en el soneto CIX de la Musa Polymnia, cuyos dos primeros cuartetos describen tan bien la emoción del bibliófilo ante sus libros que merecerían grabarse con letras de oro en la entrada de cualquier biblioteca, pública o privada:

(3) SEEMANN, Otto: *Mitología clásica ilustrada*. Barcelona, 1960. Vergara Editorial, pág. 126.

Gustoso el Autor con la soledad y sus estudios, escribió este Soneto:

*Retirado en la Paz de estos desiertos,
 Con pocos, pero doctos, libros juntos,
 Vivo en conversación con los difuntos,
 Y escucho con los ojos a los muertos.
 Si no siempre entendidos, siempre abiertos,
 O enmiendan o secundan mis asuntos;
 Y en músicos callados contrapuntos
 Al sueño de la vida hablan despiertos.
 Las Grandes Almas, que la muerte afrenta,
 de injurias, de los años vengadora,
 Libra, o gran Don Ioseph, docta la Emprinta.
 En fuga irrevocable huye la hora;
 Pero aquella el mejor cálculo cuenta
 Que en la lección, i estudios nos mejora.*

Don Francisco concibe al libro como es prodigioso talismán que le permite «vivir en conversación con los difuntos, y escuchar con los ojos a los muertos». ¿Puede existir una mejor definición de lo que un libro es? No se refiere aquí Quevedo al contenido del libro, sino al libro mismo, a ese ordenado amasijo de hojas de papel manchadas por la tinta de la imprenta que realiza el milagro de mantener eternamente vivo el pensamiento y la palabra del hombre. Que hace posible que un lector de hoy escuche, con sus mismos vocablos, sus mismos giros, su propio acento, a quien dejó físicamente de existir hace cientos de años. Que, además, viabiliza la colectivización del milagro, puesto que al ser –por definición– un producto seriado desde su nacimiento, muchos individuos pueden, al mismo tiempo y en muy diferentes lugares, ser contertulios, gracias al libro, del autor. Y que al ser su vida mucho más durable que la tan efímera del hombre, lleva en sí mismo el germen de la perpetuación del prodigio.

Quevedo demuestra su profundo amor a los libros cuando dice de ellos que «*hablan despiertos al sueño de la vida* (la fugacidad de la vida y la eternidad de la muerte son dos constantes, casi obsesivas, en su creación lírica) *en músicos callados contrapuntos*». Contrapuntos, en cuanto que permiten la dialéctica, siquiera mental, entre autor y lector; callados, por cuanto la controversia intelectual que suscitan se produce en el absoluto silencio de la reflexión introspectiva que la lectura conlleva; y músicos, porque nada hay tan acariciante, sedativo y lleno de armoniosos matices como el proceso de pensamiento que inevitablemente se suscita cuando se está leyendo.

La amargura, que impregnó siempre –y mucho más en la segunda mitad de su vida– a nuestro don Francisco, encuentra un paliativo en el libro. Y es ello el saber que la Imprenta, docta y vengadora del paso de los años, libra de las injurias recibidas a aquellas grandes almas que, ya ausentes por obra del navajazo de la muerte, no pueden lograr vindicación por sí mismas. Como el judío de Carrión, Quevedo «*non lidia con torpes*» y solamente «*dice para los sabios*», bien que la envidia, el resentimiento, o la malquerencia puedan causarle –como fué, de hecho, su caso– afrentas penosísimas. Y al libro se confía, y en el libro espera para la restitución de las cosas a su debido orden, cuando los que le sucedieren se hagan mejores a través de la lectura y del estudio, medios que sólo la Imprenta, que cuenta con un cálculo del tiempo muy superior al ritmo irresistible con que las horas huyen, pone a su alcance. Su orgullo intelectual de ser humano, rebelde a la destrucción física que la muerte significa, se hace patente en su amor al libro, el único objeto que puede hacer posible que cuando él muera, su alma, sus venas y sus médulas «serán ceniza, más tendrá sentido» por usar sus mismas bellísimas palabras (4).

Todo eso dice el magistral y hermosísimo soneto, único –de la producción poética quevediana que nos ha llegado– en el que el autor descarna su alma para narrarnos de manera explícita su devoción de bibliófilo.

Pero el Maestro no solamente amaba el libro. Como buen bibliófilo abominaba también de quienes prostituían su esencia, su última razón de ser. Polemista, discutiador temible, crítico acerbo, amante del sarcasmo, tritura –literalmente– a la casta de los pedantes (vocablo aún no descubierto a la sazón) a quienes de corazón detesta (MUSA THALÍA, Soneto LXXVIII):

*Indignándose mucho, de ver propagarse un linage de
estudiosos hypocritas, ignorantes compradores de libros,
escrive a un amigo assí:*

*Alma de cuerpos muchos es severo
Vuestro estudio, a quien hoi su honor confía.
La Patria, o Don Ioseph, que en Librería
Cuerpos sin Alma tal, mas es carnero.
No es erudito, que es sepulturero
Quien solo entierra cuerpos noche i día,
Bien se puede llamar Libropesía,*

(4) QUEVEDO: «*Parnasso*...» Musa Erato, Soneto XXXI, pág. 190.

*Sed insaciable de pulmón librero.
Hombres doctos de estantes, i habitantes,
En nota de processos, y Escribanos,
Los podéis graduar por estudiantes.
Libros, cultos de fuera cortesanos,
Dentro estraza, Dotoran ignorantes,
I hacen con Tablas Griegos los Troianos.*

El precioso neologismo satirizante *Libropesía*, es un hallazgo literario que hace las delicias de quien, amando verdaderamente al libro, desprecia a quienes fingen amarlo a través del mero hecho de su adquisición, sin propósito alguno de posterior lectura, por lo que hoy llamaríamos «efecto demostración» o por simple intento de conseguir un «*status symbol*». Sepultureros llama a los tales, previniendo no confundirles con los verdaderos eruditos. Y califica de «ignorantes doctorados» a aquellos que acumulan libros, en apariencia cultos y muy *a la page*, que en verdad no son sino papel de estraza, adecuados tan sólo para llevar a cabo con ellos las funciones envolutivas de tal tipo de papel. El desdén que Quevedo sentía hacia los Escribanos de su tiempo y hacia quienes (sus jueces) usaban del libro únicamente por citarlo «en nota de processos» le lleva a calificar despectivamente a los tales como «hombres doctos de estantes». Trescientos cincuenta años después, muchos suscribiríamos con entusiasmo la feliz imagen crítica de don Francisco. Quien es, además, clarividente en lo que atañe al tonto afán por coleccionar libros. «Pulmón librero» lo denomina, con una eficaz expresión que trae a la conciencia la necesidad que el alma tiene de respirar aire fresco, de oxigenarse. Para quien solo respira el enrarecido ambiente de la intelectualidad cortesana, el docto al uso, el ignorante laureado, el jurisperito iletrado, el juzgador voluntariamente analfabeto, resulta –en ocasiones– imperiosa la necesidad de vestir su analectura de una «sed insaciable» de bañarse, siquiera formalmente (¿remordimiento de conciencia?) en el ozono de la letra impresa que inspiraron las ideas de quienes le precedieron. Justificación formal de la incompetencia o intento de exculpación moral de la iniquidad, el libro cobra una dimensión simbólica de *tantra* que el irredento busca y que el inocente –Quevedo– denuncia. *Sic vos, non vobis* es el grito de protesta del intelectual vulnerado.

Permítaseme, a estas alturas de lo escrito, vindicar a don Francisco de Quevedo como bibliófilo, también, de lo estético. El arte de la caligrafía produjo, ya en los albores del siglo XVII, derivaciones artísticas estrictamente gráficas que dieron lugar a espléndidos retratos compuestos a partir de elementales de los pendolistas. Y lleno de admiración por uno de ellos, el

ingenio de nuestro buen don Francisco dió a luz (MUSA CLÍO, Soneto X) el siguiente poema:

Al retrato del Rey nuestro Señor, hecho de rasgos, i lazos con pluma, por Pedro Morante

*Bien con argucia rara i generosa
De rasgos, vence el único Morante
Los pinceles de Apeles i Timante:
Bien vuela ansí su Pluma victoriosa.
Vive en imitación maravillosa,
Grande Philippo, Augusto tu semblante:
I Laberinto mudo, si elegante,
La tinta anima, en semejanza hermosa.
Propriamente retratan tu belleza
Lazos, pues son lazos tus facciones
A Venus, como a Marte tu grandeza.
Tus Ejércitos, Naves i Legiones
Lazos son de tu inmensa fortaleza,
En que cierras los Mares, i Naciones.*

La perfección en la escritura a que llegó este Pedro Díaz Morante, a quien Quevedo dedica su soneto, fué plasmada tipográficamente en una obra (5) rarísima, monumento a la caligrafía española del siglo XVII. No era infrecuente que, para demostrar su consumada maestría en el dominio de este Arte, ejecutaran los grandes artífices de la época—Cristóbal Alonso, Juan de Sobremonte, etc.—retratos de personajes ilustres valiéndose únicamente de los rasgos perfilados (los «lazos» a los que el sonetista alude) que son base de la caligrafía de todas las épocas y que en España alcanzaron su cima con Torcuato Torío de la Riva y su discípulo José Francisco Iturzaeta. Lo que Quevedo no nos cuenta era cuán arriesgado podía llegar a ser, en su tiempo, el ejercicio magistral de este Arte que tanto admiraba. Digo ésto porque el citado Pedro Díaz Morante tuvo un hijo, llamado como él, que llegó a ser aún mejor pendolista, pues además de formar los caracteres tan bien como su padre, tenía la singular habilidad de escribir con las dos manos a un tiempo, dejando estampado con la izquierda igual que con la derecha; motivo por el cual le persiguieron sus émulos hasta el extremo de dar con él en la

(5) DÍAZ MONTE, Pedro: *Nueva Arte de escrevir inventada con el favor de Dios por el Maestro... con la qual sabrán escrevir y en muy breve tiempo, y con gran destreza y gala, todos los que con quenta y cudicia la imitaren y con particularidad hombres, y mancebos*. Madrid, 1615. 21 láminas grabadas por Antonio de Villafañe. In-folio, apaisado.

Inquisición, persuadidos de que aquello no podía hacerse sino por encantamiento o hechicería (6). De donde se deduce que el oficio de escritor, en cualquiera de sus modalidades, ha sido, es y será siempre de muy alto riesgo.

Bromas aparte, Quevedo –intelectual– conoce muy bien el peligro de serlo. De percibir cuanto sucede a su alrededor y de trasladarlo, más o menos disfrazado bajo el manto de la sátira, al papel. Y lo conoce en su propia carne: su prendimiento, por instigación del Conde Duque de Olivares, en 1639, y su prisión de cuatro años en el Convento de San Marcos de León tuvieron como origen el habersele atribuído falsamente, sin la menor averiguación o pesquisa, unos versos satíricos que aparecieron en la misma servilleta del Rey cuando iba a sentarse a la mesa. Es más que posible que tras su liberación, con la salud seriamente quebrantada y lleno de amargura por la injusticia de que había sido objeto, escribiera (MUSA POLYMNIA, Soneto LIII) esta composición:

*Conveniencia de no usar de los Ojos, de los Oídos i de la Lengua:
Oír, Ver, i Callar, remedio fuera
En tiempo que la Vista, i el Oído,
I la Lengua, pudieran ser sentido,
I no delito, que offender pudiera.
Hoi sordos los remeros con la cera,
Golfo navegaré, que (encanecido
De huesos, no de espumas) con bramido
Sepulta a quien oyó Voz lisongera.
Sin ser oído, i sin oír, ociosos
Ojos, i Orejas, viviré olvidado
De el ceño de los hombres poderosos.
Si es delito saber quien ha pecado,
Los vicios escudriñen los curiosos,
I viva yo ignorante, i ignorado.*

Enormemente distinto es aquí el pensamiento del intelectual herido y abatido por la adversidad, de aquel otro, lleno de confianza en sí mismo y de firmeza, que, con ocasión de la exaltación al valimiento de quien habría de ser su verdugo, compuso aquellos bellísimos endecasílabos (Musa Polymnia, Epístola Satyrica y Censoria contra las costumbres presentes de los Castellanos):

(6) PIERA, Antonio.: *Memoria sobre escritura y caligrafía* Madrid, 1893. Imp. de Enrique Rubiños, 24 págs.

...
*En otros siglos pudo ser pecado
 Severo estudio, i la verdad desnuda,
 I romper el silencio el bien hablado.
 Pues sepa quien lo niega, i quien lo duda,
 Que es la lengua la verdad de Dios severo
 I la lengua de Dios nunca fué muda.
 Son la Verdad, i Dios, Dios verdadero,
 Ni eternidad divina los separa,
 Ni de los dos alguno fué primero.
 Si Dios a la Verdad se adelantara,
 Siendo Verdad, implicación huviera
 En ser, i en que la Verdad de ser dejara.
 La justicia de Dios es verdadera,
 I la misericordia, i todo cuanto
 Es Dios, todo ha de ser Verdad entera.*

...

El pobre Quevedo, llevado de su fe profundísima de católico, niega la mudez de la lengua de Dios, asimilada –en su concepto– a la Verdad. No es de extrañar que se negara a que, en vida, su obra poética fuera publicada en colección, pues muchas de sus creencias intelectuales, en ella reflejadas con pluma magistral, hubieron de verse quebradas y necesitadas de revisión después de que la envidia, la sinrazón y la arbitrariedad (tres dañinas brujas omnipresentes e intemporales que acechan la existencia de cualquier intelectual) le convirtiesen en su víctima.

Pero aunque la condición de bibliófilo y la de intelectual van indisolublemente ligadas (no me atrevería a asertar la proposición simétricamente contraria) quiero volver a centrar mi atención en el Quevedo amante del libro. Cuya figura utiliza para exaltar a una bella de su tiempo (MUSA EUTERPE, Sátira a una Dama):

...
*Aficionóme a ti tu fama clara
 y verte una mujer de tomo y lomo,
 que aun de tu cuerpo nunca fuiste avara.
 ¡Oh virtud excelente! de quien tomo
 ejemplo singular en la largueza,
 mis carnes venzo, mis passiones domo.*

...

La expresión «de tomo y lomo», como sinónimo de cosa cabal, entera, completa, hace que nuestro idioma castellano esté en deuda con la jerga de la bibliofilia, aún sin saberlo. Sólo un enamorado del libro pudo ser capaz de comunicar su entusiasmo por el volumen que, debidamente encuadrado, contiene la obra íntegra del autor que desea leer, aplicando su imagen hasta conseguir que nuestra habla osmotizara esa expresión, de inequívoco carácter laudatorio. Quevedo, bibliófilo, naturalmente la emplea.

«Tomo», para Quevedo –y para el castellano de su época– equivale a libro, en sentido físico. «Volumen» equivale a obra, a obra independiente. Como puede deducirse de sus mismas palabras (MUSA THALÍA, Romance I):

*Mandan las leies de Apolo
Que en el Parnasso se cante
Quieren Lyra, i no Tenazas;
Que se toque, i no se arañe.
Vos os preciáis de Petraca, (sic)
Para quien os quiere Dante.
Más vale el Frachi (7) que el Tasso
En conceptos de donaire.
No tiene mejor Tomista
la Orden de los Guzmanes,
I para Tomás, Señor,
No son malas vuestras partes.
De vuestras insignes obras,
Si lo juzgan mis Compases,
Siendo pequeño el volumen,
Los Tomos han sido grandes.
¡De qué me sirve alegar
Mi Esquadra de Memoriales,
Si con vos no tengo Estrella,
Pues todas me las quitastes!
Condenarme es ia forçoso,
Fuerça será condenarme,
Pues a quien quitan el Cielo,
No procuran que se salve.*

(7) Supongo que, salvada la aliteración, Quevedo está aludiendo a la obra de Fabio FRANCHI PERUGINO *Esechie Poetiche, o vero lamento delle Muse Italiane in morte dil Sig. Lope de Vega. Rime e prose raccolte del Signor...* Venecia, 1636. Apresso Chirardo Imberti.

La imagen retórica «siendo pequeño el volumen» tiene un claro fundamento en su desenvuelto manejo del lenguaje de bibliófilo. Quevedo compuso este romance para dar contestación a un escarceo lírico con el Duque de Lerma (48 versos romanceados en asonante, bastante mediocres) quien, a su vez, halló su inspiración en un divertido soneto que don Francisco le había dedicado para reprocharle –cariñosamente– no haberle hecho obsequio de unas minucias, como era usanza entre los Grandes de la época, con ocasión de la Feria de San Miguel. Quevedo, adulando al magnate, le dice que, si bien su obra es corta, sus rimas tienen mucha calidad (*Los Tomos han sido grandes*). «Tomo» es, así, continente, en tanto que «volumen» es contenido. En todo caso, un guiño de demostración de amor al libro entre dos personas cultas.

Para Quevedo, «libro» en sentido literario es algo lleno de envidia, repleto de entidad cualitativa y cuantitativa. Por eso se ríe de sí mismo atribuyendo muy poco valor al conjunto de poemas que ha compuesto para rendir el corazón de una Dama (MUSA THERPSÍCORE, Letrilla Burlesca IV) en relación con el del dinero que su imaginario competidor, un Genovés (sinónimo, en el poema, de banquero) esgrime para ganar su favor:

...
Con bien diferente alhago (sic)
Nos escribe a lo modorro,
A mí las cartas de horro,
A él las cartas de pago:
Qual tendrá más opinión
Con ella en la Poesía,
Io con una letra mía
O él con dos de Viçançon?
La letra de cambio traga,
No escucha la que io llevo,
Io la quiero, como devo,
I un Ginovés, como paga.

No estoy en condiciones de asegurar que fueran esos mismos poemas los que, en otra de sus composiciones, (MUSA EUTERPE, *Romance amoroso*) pide el autor a una Dama que destruya, sin duda por considerarlos de demasiado poca entidad para sobrevivir por sí mismos:

...
*Tres docenas de sonetos
 En que os dixen mi pasión,
 mando rasgue vuestra mano
 que mi corazón rasgó.*
 ...

Y por eso, también, en una de sus más cáusticas y divertidas composiciones (MUSA THALIA, *Satyra Riesgos de el Matrimonio en los Ruynes Casados*), pretexto abreviar su narración para que la longitud de lo que él aborda como divertimento no lleve a confusión al lector con la idea de «libro» que más arriba dejó reseñada:

...
*Mas por no hacer ia libro, la que es carta,
 Dexo de meretricias dignidades
 I de cornudos nobles luenga sarta.*
 ...

Tuvo siempre a gala Quevedo relacionarse con hombres doctos y eruditos, a quienes profesó verdadero afecto desde el respeto y consideración intelectuales que le merecieron. Una bella demostración de lo que digo se halla en la siguiente composición (MUSA MELPOMENE, Soneto XVI):

*Túmulo de Don Francisco de la Cueva y Silva, grande iurisculto
 i Avogado. Fué varón mui Noble, Limosnero i Poeta*

*Este, en traje de Túmulo, Musseo;
 Sepulcro, en Academia transformado,
 En donde está en Cenizas desatado
 Iasón, Licurgo, Bartulo i Orpheo.
 Este polvo, que fué de tanto Reo
 Asilo, dulcemente razonado,
 Cadaver de las Leies consultado,
 En quien si, lloro el fin, las glorias leo.
 Este de Don Francisco de la Cueva
 Fué prission, que su vuelo nos advierte,
 Donde Piedad, i Mérito le lleva.
 Todas las leies con discurso fuerte
 Venció, i así parece cosa nueva
 Que le venciesse, siendo Lei, la Muerte.*

Fué este don Francisco de la Cueva un ilustre jurisconsulto de la época. Defendió pleitos de la Duquesa de Sessa, del Duque de Osuna, del Duque de Lerma, del Duque de Uceda y de la familia Carrillo de Mendoza. Y mucha debió ser su rectitud profesional, sabiduría y entereza de carácter para que Quevedo, que sentía (por razones hartamente comprensibles) una inquina particular hacia cuantos se desenvolvían en el entorno del mundo de la Justicia y de los Tribunales, le dedicase –y más aún *post mortem*– un soneto tan hermoso y tan de verdad sentido. Quizá fuera la vertiente de poeta del homenajeado (8), a la que Quevedo alude explícitamente en la dedicatoria, la que descubriese el telón de la indulgencia del Maestro. O quizá, también, que le hubiese ayudado o tratado de ayudar en alguno de los trances procesales por los que don Francisco se vio obligado a pasar. Se trata, quizá, del único elogio que en su obra poética está dirigido a un contemporáneo suyo por razón de su sabiduría y no de su poder.

Porque, en términos generales, Quevedo fue absolutamente intransigente con la ignorancia, y aún más con la ignorancia pretenciosa. Detestaba a los presuntuosos, a los falsos eruditos, a los necios disfrazados de sabios, que componían semblante de intelectuales. Como demuestra (MUSA POLYM-NIA, Soneto XC) en esta cáustica composición:

A un ignorante mui derecho, severo i misterioso de figura:

*Essa frente, o Giaro, en remolinos
Torva, i en rugas pálida i funesta,
Antes señas de Toro manifiesta,
Que de estudios severos i divinos.
Tus semblantes ceñudos, i moinos,
Si no descifran Delphica respuesta,
Obligán, que de risa descompuesta,
Se descalcen los propios Calepinos.
No tiene por fructífera el Villano,
La espiga que, como uso, se endereza,
Sino la corva, a quien derriba el grano.
Hazia la tierra inclina tu entereza,
Porque lo erguido se promete vano,
I que está sin meollo la cabeza.*

(8) *Trajedia de Narciso* Editado por J. P. Wickersham Crawford. Filadelfia, 1909. Publicaciones de la Universidad de Pennsylvania. In-octavo.

O en esta otra (MUSA THALIA, Romance LXIV) en la que, a su habitual misoginia, añade su desdén cuando la hembra es «cult»:

Burla de los eruditos de embeleco, que enamoran a feas cultas:

*Mui discretas, i mui feas,
 Mala cara, i buen language,
 Pidan Cathedra, i no coche,
 Tengan Oiente, i no amante.
 No las den, sino atención,
 Por más que pidan, i garlen;
 I las joias, i el dinero,
 Para las tontas se guarde.
 Al que sabia, i fea, busca,
 El Señor se la depare,
 A malos conceptos muera,
 Malo equívocos passe.
 Aunque a su lado la tenga,
 I aunque más favor alcance,
 Un Catedrático goza
 I a Pitágoras en carnes
 Mui docta luxuria tiene,
 Mui sabios pecados hace,
 Gran cosa será de ver
 Quando a Platón requebrare.
 En vez de una cara hermosa,
 Una noche, i una tarde,
 Qué gusto darán a un hombre
 Dos cláusulas elegantes?
 Qué gracia puede tener
 Muger con fondos en Fraile,
 Que de sermones, i chismes,
 Sus razonamientos hace?
 Quien dexa lindas por necias,
 I busca feas que hablen,
 Por sabias coma las Zorras,
 Por simples dexe las Aves.
 Philosophos amarillos
 Con barbas de Colegiales,
 O duende Dama pretenda,
 Que se escuche, i no se halle*

*Hechese luego a dormir
Entre Bartulos, i Abades,
I amanecerá abrazado
De Zenón i de Cleantes.
Que io para mi traer,
En tanto que argumentaren
Los Cultos con sus Harpías,
Algo buscaré que palpe.*

Es evidente que las voces «culto» y «culto» no tenían, para Quevedo, la misma significación que tienen en el castellano actual. Como subraya Ticknor (9) *hubo en la Literatura española un partido más formidable aún que el de los «conceptistas», nacido casi al mismo tiempo, y que se sostuvo por mayor espacio con grave daño de las letras: hablamos de los «cultos» escritores que afectaban un estilo peculiar, elegante y falso, y que en defensa de su escuela y doctrinas llevaron al último extremo la ridiculez, la extravagancia, el pedantismo y la afectación.* El abanderado del estilo «culto» en la literatura española fué Góngora, a quien Quevedo profesaba un particular desdén (harto correspondido, a no dudarlo, por don Luis). Y es a los amantes de esa oscuridad poética, quienes empleaban vocablos anticuados, con otra significación y en acepciones violentas y contrarias, adoptando giros forzados y antinaturales, enteramente extraños al habla castellana y haciendo que sus versos resultaran verdaderos logogrifos, a quienes don Francisco aplica despectivamente aquel adjetivo. Y así, llega a escribir (MUSA THALIA, Romance C) en el contexto de una graciosa sátira contra sí mismo:

Refiere él mismo sus defectos en bocas de otros:

*Muchos dicen mal de mí
I io digo mal de muchos,
Mi decir es más valiente,
Por ser tantos, i ser uno.
Que todos digan verdad
Por imposible lo juzgo;
Que io la diga de todos,
Con mi licencia lo dudo.*

...

*Pero no soi Conde, ni he sido zurdo,
I si Dios me socorre, no he de ser culto.*

(9) TICKNOR, M. G.: *Ibidem*. Tomo III, pág. 200.

No quisiera dar por terminado este trabajo sin hacer una expresa referencia a un poema de Quevedo en el que, con expresiones inequívocamente derivadas del lenguaje de la bibliofilia, describe una situación de política internacional muy concreta. El pasaje en cuestión (MUSA TERPSÍCHORE, Letrilla Satyrica XVI) dice así:

...
De qué sirve a vuestro hermano
Hechar la culpa a Calvin,
Si harto de ser Delfin,
Se va inclinando a Milano.
Traducirá en Italiano
Al Inquisidor Francés,
El Maestro Piamontés,
I en Mantua lo imprimirá.
Ello dirá,
I si no,
Lo diré io.
 ...

Alude Quevedo a la actitud del monarca francés Luis XIII, inspirada por su ministro Cardenal Richelieu, de oponerse a la posesión española del pequeño territorio de la Valtelina (confinante al N. con los Alpes y al S. con la República de Venecia) cuya población era católica, forzando, mediante el Tratado de Madrid, (25 de Abril de 1621) que dicho territorio pasase a poder de los suizos grisonos, protestantes calvinistas, y obligando al débil Felipe IV a que la ciudad de Milán, ocupada por el Duque de Feria, se desgarneciese y abandonase (10). El «Inquisidor Francés» –a quien, pese a su dignidad cardenalicia, se le calificó en su tiempo de *patriarca de ateos y pontífice de calvinistas*– no era otro, naturalmente, que Richelieu, y nuestro don Francisco previene, con metáfora de bibliófilo, que de seguir así las cosas, en Mantua (ciudad con tradición editorial desde 1472) habría de imprimirse su herético pensamiento, y precisamente en el idioma utilizado por el Papa. Tal posibilidad, para un católico a machamartillo que, además, dominaba a la perfección la lengua italiana (11) resultaba del todo escandalosa, y la denuncia con indignación en el lenguaje propio del conocedor y amante del libro.

(10) MORAYTA, Miguel: *Historia General de España desde los tiempos antehistóricos hasta nuestros días*. Madrid, 1890. Felipe González Rojas, Editor. Tomo 4.º, págs. 704 y sigs.

(11) Véase, para probarlo, QUEVEDO *Parnasso...* Musa Erato, *Soneto 35* (página 141), el bellísimo poema que comienza: *Diviso il Sole partoriva il giorno...* sí no bastara para hacerlo los años que en Sicilia y en Nápoles sirvió como Secretario del Duque de Osuna, Virrey a la

Sólo en una de sus producciones poéticas renuncia Quevedo a la primacía de su condición de intelectual. Y aún en ésta lo hace por la única razón que un Poeta —él lo era antes que todo— puede hacerlo: por amor. Y así (MUSA ERATO, Canción I) da a luz una bella, aunque difícil, composición, que dice:

*Nueva Philosophia de Amor, contraria a la que se lee
en las Escuelas:*

*Quien nueva Sciencia, i Arte
Quiere saber, aprenderá la mía;
Nueva Philosophía,
Que no puede aprenderse en otra parte,
En mi pecho el Amor, que me lastima,
Lee de dolor la Chatedra de Prima.
El Dios de la mentira
La verdad de Aristóteles disfama,
Argüie cuanto mira,
I a todos los conluie con su llama,
Pues de su Sylogismo, o argumento,
Ni Salomón libró su entendimiento.
Su Sciencia es tan aguda,
Que de Flecha le sirve raçonada.
Ninguna cosa duda,
Inquieta la verdad más asentada,
I al divino Platón tuvo tan ciego
Que le hiço beber por agua el fuego.*

Y si «al divino Platón» fué capaz Amor de hacerle incurrir en tal desatino, qué no podría hacer con nuestro buen Don Francisco de Quevedo y Villegas, un hombre todo corazón, todo vitalidad, que llega a decir (MUSA THALIA, Satyra: Riesgos del matrimonio entre los ruines casados) algo tan ingenuo y tan hermoso como:

...
*I aunque hijo de Padre mui honrado
I de Madre santíssima, i discreta,
Dirás, que me ha traído mi peccado,
A desventura tal, Que soi Poeta.*

sazón en ambos territorios, y, las numerosas gestiones diplomáticas que en otros puntos de Italia desempeñó por mandado de su señor, protector y amigo.